

Semana Santa 2020

"¿Dónde quieres que preparemos la Pascua?"

(Mt 26, 17)

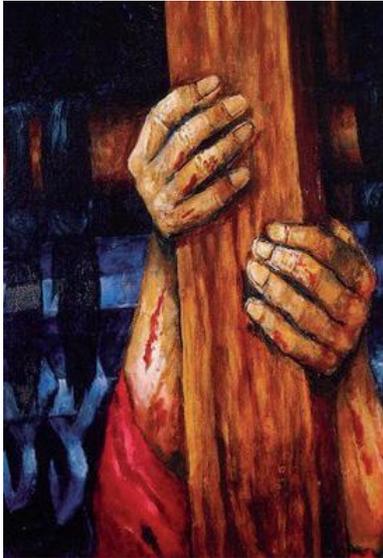
VIERNES SANTO

Este día santo fue llamado en la antigüedad "día de amargura". Las campanas de las iglesias están mudas y se deja tiempo al silencio, a la meditación y a la oración. Contemplamos la pasión y la muerte de Jesús que dio su vida en la cruz por nosotros. El silencio de todos expresa el dolor de la Iglesia su Esposa por la pérdida de su Esposo.

Este año no podemos ir a la Iglesia a celebrar la pasión del Señor con toda la comunidad, este año no podemos sacar la procesión del Santo Entierro, pero podemos hacer un hueco y contemplar este misterio. El asombro de un amor tan grande nos enmudece, pero, también pide que abramos nuestro corazón a escuchar la Palabra. Podemos leer la historia de pasión del Señor, del evangelista Juan (Juan 18,1 – 19,42).

Al pie de la cruz, María y el discípulo amado y junto con ellos, nosotros, como receptores de este amor que fluye abundantemente del corazón atravesado de Cristo y nos inunda de misericordia. Hagamos una pausa, hagamos silencio y adoremos la cruz para expresar nuestro amor agradecido y nuestra fe viva en Jesús, un amor crucificado por nosotros.

El signo de la cruz, con el que fuimos marcados en el Bautismo, y con el que ahora podemos marcar nuestro cuerpo, es el signo de nuestra identidad como hijos de Dios, una presencia que abraza y penetra toda nuestra existencia y nos pide que demos muerte al hombre viejo, con su egoísmo y sus pecados, para levantarnos de nuevo, con Cristo, como nuevas criaturas. Esta es nuestra fe. Leemos el momento de la muerte.
Juan, 19, 25-30

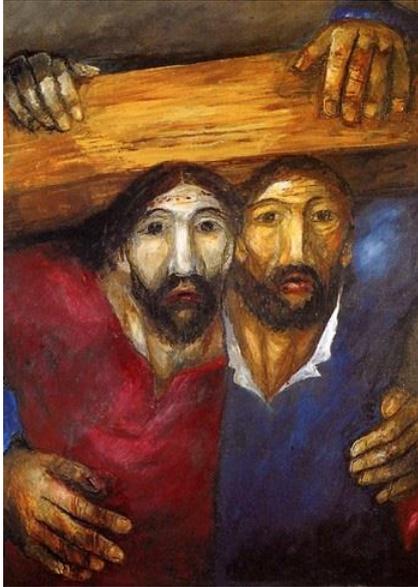


Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E,

inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Reflexión

“Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota).”



La cruz de Jesús es la culminación de la revelación del amor de Dios por la humanidad, de ese Dios que ya nos ha amado a cada uno de nosotros, nos ha acogido, y ahora sólo espera una respuesta libre y consciente. Una respuesta que, en el doloroso camino hacia la colina de la Gólgota, Simón de Cirene de modo concreto y con prontitud, ayuda a llevar haciéndose cargo del peso de esa cruz en la que este hombre exhausto pronto será clavado. Jesús y Simón aparecen como viajeros en la misma calle: mano a mano, hombro a hombro, mejilla a mejilla. Pero también oído, ojo y boca abierta para sentir el aliento del otro, para ver el tropiezo en el camino, para susurrar palabras de esperanza. Simón, aceptando ayudar a Jesús, tiene su propia visión del mundo y de la humanidad. Al estar de pie, al estar cerca, comparte el peso del sufrimiento, se hace apoyo.

¡ Jesús ayúdanos a dejarnos tocar por la humanidad de quién está herido, a cuidar de ellos, a apoyar a los que caminan por el largo camino de la vida!

Oración final

Desde la parte superior de la cruz,
después de que te humillaron y se burlaron de ti,
después de que te desafiaron, insultándote, a mostrar tu poder,
piden un poco de agua
y hablas con la gente que presencia la ejecución.
Señor Jesús, qué Dios tan extraño eres:
un Dios humillado y no un Dios que suprime ese miedo con su poder,
un Dios herido y no un Dios que golpea...
Vengo a ti lleno de deseos y expectativas,
Vengo a ti porque llenas mi hambre insaciable
que me hace devorar personas y cosas.
Vengo a ti porque me llenas las manos de regalos...
y me dices, "Tengo sed."
¿Así que me equivoqué, señor? ¿No viniste a salvarme?
¿No viniste a resolver mis problemas, a quitar mis obstáculos?
¿Sólo tienes que ser el que comparte mi dolor,
el que está a mi lado durante la hora de la prueba,
el que sale a mi encuentro en la debilidad
para no humillarme y no derribarme?
Señor que te has entregado a nosotros sin reservas, incondicionalmente.
Incluso cuando nos burlamos,
azotamos y blasfemamos,
hoy nos arrodillamos a los pies de Tu Cruz
y te amamos con todo nuestro corazón.
Padre nuestro bendice nuestro pan
y haz que seamos capaces de compartirlo con los que sufren. Amén

*Pedro Fernández Amo
Delegado Episcopal para las Hermandades y Cofradías*